

*Misterio en
Haven Manor*

Misterio en Haven Manor

Título original: *A Defense of Honor*, libro 1 de la serie *Haven Manor*

© 2018 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

A Defense of Honor

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Malgorzata Maj/Arcangel Images

Primera edición: mayo de 2019

Depósito legal: M-xxxxx 2019

ISBN: 978-84-16973-83-5

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

KRISTI ANN HUNTER

*Misterio en
Flaven Manor*

Libros de
seda

Al único capaz de impartir Justicia.
ROMANOS 12: 17-19

*Y para Jacob,
por hacer que siempre sienta
que tengo un lugar al que pertenezco.*



Capítulo 1



Londres, 1816

Graham, vizconde Wharton, heredero del condado de Grableton, orgullo del equipo de esgrima de Cambridge, codiciado invitado de las fiestas y, en general, miembro muy apreciado de los clubes Brooke y White, se aburría.

Aunque el baile que tenía lugar a su alrededor se desarrollaba con el mismo brillo y la misma elegancia de siempre, sentía que últimamente la monotonía se había apoderado de todo. Los años que había pasado viajando por el mundo tras terminar sus estudios le habían mostrado el esplendor y lo ameno de la vida, pero desde que había regresado a Inglaterra no había tenido más que una constante rutina.

¿Cuánto tiempo hacía que no veía nada nuevo? ¿Desde cuándo no conocía a nadie nuevo? ¿Tres años? ¿Cuatro?

Tampoco es que estuviera ansioso por vivir una aventura, como había hecho durante su juventud; a los treinta y un años estaba más que dispuesto a quedarse en casa, pero ¿era mucho pedir que sus días le ofrecieran algo distinto?

Todo y todos eran más de lo mismo para él.

—Este año las damas más jóvenes parecen más guapas que el anterior —comentó el señor Crispin Sherrington, sacando a Graham de su ensimismamiento y haciendo que volviera a estar pendiente de la conversación con dos viejos conocidos del colegio.

Lord Maddingly dio un codazo al señor Sherrington y se rio entre dientes.

—Cuanto más vacíos tienes los bolsillos, más bonitas te parecen las perdices.

Incluso las conversaciones eran las mismas. Su charla de cuarenta segundos tampoco resultaba más interesante que la primera. Distintos jugadores y diferentes motivos, pero Graham podía pronunciar sus frases de memoria.

—¿Estás buscando esposa este año, Sherrington?

El susodicho, que era un segundo hijo con perspectivas limitadas, deslizó un dedo debajo de su pañuelo de cuello y se lo ajustó.

—No me queda otra. Mi padre ha estado enfermo y cuando esté bajo tierra no tendré nada. Mi hermano Seymour está demasiado ilusionado con la idea de repudiarme cuando herede.

Maddingly hizo una mueca.

—Por lo menos tu padre no se ha jugado todo su patrimonio. Tendrías que ver el lío que me ha dejado el mío. Tengo que llenar las arcas si quiero que me quede un techo bajo el que vivir.

Graham luchó contra el impulso de soltar un suspiro. Un hombre tenía mejores formas de aumentar su fortuna, pero no eran muy populares entre sus pares. De modo que en vez de sugerirles que aprendieran a invertir los fondos que conservaran, o incluso que se esforzaran en ahorrar un poco, continuó con el hilo de la conversación.

—¿Quién tiene la mejor dote?

Según sus experiencias pasadas, solo necesitaba formular aquella pregunta para dar la sensación de que le interesaba el asunto. A partir de ese momento los demás participantes podrían mantener una apasionada discusión al respecto sin que él tuviera que intervenir. Lo que le venía de perlas, ya que era incapaz de fingir entusiasmo hablando de cuánto dinero estaba dispuesto a pagar un hombre a otro para que se casara con su hija.

A una pareja le venía bien contar con un poco de apoyo al comenzar una vida juntos, pero ¿no debería tenerse más en cuenta a la dama en sí misma? Al fin y al cabo, era la mujer con la que el hombre tendría que convivir el resto de sus días.

De todos modos, ¿cómo se las había arreglado para terminar manteniendo una conversación con aquellos dos? Volvió a recorrer con la mirada el salón. ¿Dónde se habían metido sus amigos? Seguro que Aaron, el señor Whitworth, no había asistido, pues hacer vida social le resultaba

tremendamente incómodo, pero Oliver, lord Farnsworth, debía de encontrarse por allí.

La estancia se transformó en un borrón hasta que un destello de color verde, cerca de las puertas que daban a la terraza, llamó su atención. Parpadeó frenéticamente para volver a enfocarlo todo.

Sin embargo, cuando por fin consiguió ver las puertas de la terraza perfectamente nítidas, con sus ventanas y cortinas pesadas, no encontró a nadie allí. O al menos a nadie que llevara el mismo tono verde que acababa de ver hacía un instante.

Se fijó en que las puertas estaban cerradas, protegiendo a los invitados de una noche demasiado fría para la época. Entonces, ¿de dónde había venido? ¿Había salido? ¿Entrado?

—¿Qué opinas de ella, Wharton?

Apartó la vista de las puertas acristaladas de la pared del fondo y miró las cejas alzadas de Sherrington. Ladeó la cabeza, intentando parecer que estaba pensando detenidamente. En realidad, eso era lo que hacía, solo que trataba de encontrar la frase adecuada para no revelar que estaba haciendo caso omiso a los otros dos hombres ni aludir a los méritos de cualquier joven en particular.

—Su familia es lo suficientemente buena —dijo finalmente. Algo que podía aplicarse a todas y cada una de las damas que estaban en el salón—. No es probable que te cause muchos problemas.

Por desgracia, no había demasiadas jóvenes a las que no pudiera aplicarse también esa segunda frase. A la mayoría de las mujeres de la alta sociedad las habían educado para sonreír con afectación y actuar como si no pasara nada malo. Era una de las cualidades que las hacía perfectamente intercambiables y una de las posibles razones por las que Graham todavía no se había planteado contraer matrimonio a los treinta y un años. No quería perder a su esposa en medio de una aglomeración porque no pudiera distinguirla del resto de las asistentes.

Maddingly hizo un gesto de asentimiento para mostrar su acuerdo con la poco precisa declaración que Graham acababa de hacer.

—Incluso estaría dispuesta a vivir en el campo mientras tú te quedas en la ciudad.

Sherrington soltó un bufido de burla.

—No puedo permitirme esas tonterías. —Frunció el ceño—. ¿Crees que ella espera algo así, Wharton?

¿Cómo saberlo? A sus padres les encantaba desayunar juntos todas las mañanas y charlar en su salón privado por la noche. No era la persona más indicada a la que preguntar sobre matrimonios distantes. Aun así, no quería que sus acompañantes creyeran que no era capaz de mantener una conversación ni aunque le dieran pie a ello.

—Muchas mujeres casadas encuentran una existencia tranquila dentro de la ciudad, por lo que no le supondrá ningún problema llevar una vida estable y menos sociable.

A menos, por supuesto, que la mujer en cuestión fuera una bruja o una mujer cultivada, pero para cuando su interlocutor se percatara de ese detalle tendría problemas más graves que el pobre consejo de Graham. Por supuesto, las probabilidades de que Sherrington tuviera en cuenta a una fémina así eran inexistentes. No buscaba una candidata diferente y memorable.

A diferencia de él. Que había debido de imaginarse la aparición de un destello verde en forma de vestido porque, por lo visto, estaba desesperado por conocer a alguien que no le aburriera. Una mujer con la que incluso poder plantearse empezar una nueva vida.

Sherrington y Maddingly continuaron con la discusión, preguntándose si el padre de la joven estaría o no dispuesto a aceptar el cortejo. Graham hizo todo lo posible por permanecer atento a la conversación para que no volvieran a sorprenderlo con la guardia baja. Aunque la mayor parte de su atención estaba centrada en las mujeres que estaban bailando. Una llevaba un vestido azul; un color lo suficientemente particular para sobresalir entre la multitud, no tan audaz como un verde deslumbrante, pero sí bastante inusual. Seguro que la joven que lo llevaba era la menos estúpida de todas ellas.

—Será mejor que me coloque cerca de la pista si quiero pedirle las siguientes piezas. —Sherrington se ajustó la levita e hizo un gesto de asentimiento—. Directo al patíbulo, caballeros.

Graham esbozó una amplia sonrisa.

—Se le ve demasiado confiado, ¿verdad?

Maddingly se echó a reír y deseó buena suerte a su amigo.

—Me temo que, en mi caso, la muchacha Charville no será suficiente. —Ahora fue él el que se colocó mejor la levita—. Solo me servirá la mejor pieza de la temporada.

Los problemas de Maddingly no eran tan graves como pretendía aparentar, por lo que dejó que siguiera con su abnegado monólogo sin prestar

mucha atención. La joven de verde era mucho más interesante, aunque solo fuera producto de su imaginación. Volvió a centrarse en los vestidos de colores más oscuros de las mujeres casadas y solteras. Pero seguía sin divisar ningún verde primaveral.

Cuando Maddingly terminó de hablar, Graham continuó con la conversación, más por puro hábito que por curiosidad.

—Entonces, ¿a quién tienes en el punto de mira?

Fuera cual fuese el nombre que dio Maddingly no le importó lo más mínimo, porque de pronto, apenas visible entre las ramas de unos árboles en macetas situados a lo largo de la pared que había al fondo, volvió a ver el destello verde. ¿Cómo había llegado hasta allí sin que se diera cuenta?

—Sí —continuó Maddingly—, creo que *lady* Thalia estará encantada con la idea de que la corteje.

Graham sabía quién era *lady* Thalia, una dama con una popularidad media que contaba con muchos mejores partidos que la sacaran a bailar, pero no iba a contradecir a su interlocutor. Sobre todo ahora que sabía que la mujer de verde no era imaginaria. Aunque ¿por qué usaría una joven un color tan llamativo para luego quedarse plantada detrás de unos árboles toda la noche?

«Quedarse plantada detrás de unos árboles».

Esbozó una sonrisa mientras pensaba en su ocurrencia.

Ahora que había encontrado a la mujer, sentía una apremiante necesidad de conocerla, pero antes tenía que quitarse de encima a Maddingly.

—¿Por qué no empiezas por pedirle un baile?

Observó cómo se abría un pequeño hueco entre los árboles y cómo por él aparecía una mano que se hacía con un pastelito de la bandeja de un sirviente que en ese momento pasaba por allí.

¿Se estaba escondiendo? Bueno, estaba claro que sí, pero ¿de un pretendiente demasiado persistente o de una madre autoritaria?

Maddingly frunció el ceño, aunque al final asintió con mirada decidida y se dirigió hacia el borde de la pista. Graham le deseó suerte, y lo hizo de verdad. Sin embargo, en ese instante estaba más interesado en otro sirviente que pasaba delante de los árboles, portando una bandeja. De nuevo vio aparecer la mano, agarrando otro bocado. ¿Por qué no iba hasta la mesa de refrigerios y se servía un plato con aperitivos?

Las palmas de las manos empezaron a picarle con la misma emoción que había sentido cada vez que se subía a un barco con destino a un nuevo

lugar del mundo. Era el gusanillo de la curiosidad, de las preguntas que necesitaban respuestas. ¡Por fin! Ahí estaba ese algo nuevo e inusual que había estado anhelando.

Pero ¿y si al final no era nada especial? Bueno, al menos habría pasado una noche sintiendo algo más que tedio.

Mientras atravesaba la estancia mantuvo la mirada fija en los árboles. No volvería a perder de vista a la joven. Vio una cabeza rubia salir de entre las plantas y mirar por las ventanas antes de ocultarse de nuevo. ¿Qué había en los jardines que acababa de dejar que tanto le interesara? ¿Estaba huyendo de alguien? ¿De algún caballero que hubiera tratado de aprovecharse de ella?

De pronto, sintió un inesperado e incomprensible deseo de defender el honor de aquella desconocida. Aunque, por lo poco que sabía de ella, quizá no tuviera ningún honor que salvar. Al fin y al cabo, se estaba escondiendo detrás de unas macetas.

Se dedicó a esquivar los saludos que iba recibiendo y los intentos de iniciar una conversación con diversas excusas inventadas con suma facilidad. Cuando pasó por la mesa de refrigerios, alcanzó dos vasos de limonada.

Ya que estaba a punto de cometer una grave infracción de la etiqueta, al menos debería llevar consigo una ofrenda de paz. Además, la joven debía de estar sedienta, pues todavía no había visto pasar ninguna bandeja con bebidas.

Al llegar a su destino, se escabulló detrás de los arbustos, agachando un poco la cabeza. No era demasiado alto, pero tampoco lo eran los árboles; y se había esforzado mucho para llegar furtivamente hasta allí y conocer a la misteriosa mujer para que al final alguien se percatara y echara a perder el momento.

—Buenas noches.

La vio sobresaltarse y volverse hacia él, sosteniendo un bulto de tela gris oscuro contra su pecho.

De cerca, el vestido era mucho más singular. Más audaz. Demostraba que su portadora debía de tener mucha seguridad en sí misma para llevarlo, pero no era demasiado llamativo o de mal gusto. Carecía de la abundancia de joyas y adornos que llevaban los de las otras damas. De hecho, no se parecía en nada a ningún otro vestido del salón. Graham no era precisamente un experto en moda femenina, pero juraría que ese vestido se veía... anticuado.

Sí, esa era la palabra para describirlo.

Mientras ambos permanecían allí de pie, mirándose el uno al otro, se dio cuenta de que aquella impresionante prenda verde había sido modificada. Más de una costura se veía desgastada y el dobladillo estaba deshilachado en un par de zonas. ¿De dónde venía aquella joven?

La dama recuperó la compostura antes que él, ocultó cualquier rastro de sorpresa de su rostro y le ofreció una majestuosa inclinación de cabeza.

—Buenas noches.

Su voz era tranquila, serena. No contenía ese crispante y excesivo entusiasmo que usaba la mayoría de las asistentes al baile. Un detalle que le gustó. Su sonrisa se hizo aún más amplia mientras extendía el brazo con uno de los vasos.

—¿Limonada?

Miró el vaso durante un instante antes de alzar los ojos, de color azul claro, y encontrarse con su mirada. No mostró la más mínima expresión en el rostro, que no resultaba tan joven como había esperado. En el rabillo de los ojos y en la boca se podía ver el principio de las arrugas de una madurez apenas perceptible, pero que demostraban que había pasado la edad de las bellezas bobaliconas que llenaban la pista de baile. ¿Una viuda quizá? ¿La hermana mayor de una familia rica venida a menos? ¿O incluso una dama de compañía o institutriz?

Se miraron el uno al otro hasta que terminó resultando incómodo, pero al final ella no aceptó el vaso. ¿Creería que podía hacerle algo en medio de un baile? Bueno, no era «en medio» en sentido estricto. Estaban un poco apartados, pero tenían a más de cien personas cerca.

—Le aseguro que es completamente inofensivo. —Graham tomó un sorbo de la bebida que le ofrecía—. ¿Lo ve?

Esbozó una media sonrisa antes de aceptar la ofrenda.

—Sí, lo veo.

Graham apoyó un hombro contra la pared.

—Sé que he sido tremendamente grosero al presentarme a mí mismo, pero aquí su amigo —dijo, señalando con la cabeza hacia la pantalla que le proporcionaban las plantas—, no parece muy hablador.

—No, no lo es. —Tomó un sorbo de su bebida—. Y todavía no se ha presentado.

Se sintió como un muchacho recién salido de la escuela, atrapado en aquellos ojos azules risueños y una tímida sonrisa rosada.

—Culpa mía. Lord Wharton, a su servicio.

—Un placer, lord Wharton. Nunca he oído hablar de usted; lo que le aseguro que es bueno. —Bebió otro sorbo de limonada y miró a través del borde de uno de los arbustos.

¿Le estaba despidiendo? Desde luego sería una posibilidad incómoda y desagradable. Jamás había tenido que esforzarse por recibir la atención de una mujer.

—¿Le gustaría bailar?

Ella se volvió para mirarlo, esbozó una sonrisa traviesa y dio una palmadita al árbol que tenía más cerca.

—Por desgracia le he prometido las dos piezas siguientes a este.

¿Lo acababan de rechazar por una planta?

—Estoy seguro de que no le importará si ocupo su puesto.

—Procuro firmemente cumplir mis promesas, lord Wharton. Me temo que, si actuara de esa forma, tendría que mostrarle mi total oposición.

Eso era lo que había estado buscando sin ni siquiera saberlo. Carácter. Frescura. Y todo ello presentado en un envoltorio increíblemente bello. Llevaba el cabello rubio en un sencillo recogido, sin ningún adorno. Frunció el ceño. ¿Nada de joyas? ¿En un baile de la temporada? La flor y nata de la sociedad londinense estaba a apenas dos metros de distancia, y ¿no llevaba ninguna joya?

—Entonces tendré que bailar con su compañero. —Graham hizo un gesto hacia otro árbol y luego señaló a los dos de en medio—. Esos pueden formar otra pareja. Creo que va a ser la cuadrilla más rara de la que he formado parte en mi vida.

Ella soltó una risita.

—Sobre todo porque solo hay tres parejas involucradas.

—En efecto.

Volvieron a quedarse en silencio mientras Graham se bebía la limonada, dando los sorbos más pequeños que podía y permitiendo que el ácido líquido reposase en su lengua antes de tragárselo. No sabía por qué, pero tenía la certeza de que, en cuanto se terminara la bebida, ella esperaría que se fuera. Cerró los labios en torno al vaso y dejó que el líquido le tocara el labio superior, aunque no bebió una sola gota.

—¿Por qué está aquí, lord Wharton? —Ella le tendió su vaso vacío, no dejándole otra opción que tomarlo para continuar siendo un caballero. Se veía que no tenía ninguna intención de prolongar aquel encuentro a base de sorbos largos.

—Me gusta la compañía y la actividad en sí. También porque hay que cumplir un poco con las expectativas sociales...

—No, por qué está «aquí», lord Wharton. Bailando con una planta.

—Estoy bailando con una planta porque usted ha rechazado mi invitación.

Ella arqueó una ceja, lo que le recordó a sus días de escuela, cuando le regañaban por lo mal que se le daba conjugar en latín.

—Vi su vestido —terminó por reconocer.

Su rostro reflejó sorpresa mientras bajaba la mirada hacia su falda.

—¿Mi vestido?

Él se encogió de hombros.

—Es verde. Me gusta el verde.

Se mostró claramente escéptica, pero no dijo nada. La pieza de Mozart fue llegando a un tranquilo final. En un acuerdo tácito, ambos esperaron hasta que la música sonó de nuevo para volver a hablar.

—No me ha dicho su nombre. —Graham la miró directamente a los ojos, deseando que no los apartara de los suyos para así poder adivinar lo que estaba pensando y sintiendo. A primera vista, aparentaba ser una mujer sencilla y directa, pero parecía ocultar algo por la expresión de los ojos, que se tensaban como si no pudiera relajarse del todo.

Ella le sostuvo la mirada, pero se mantuvo inexpresiva.

—Cierto, no lo he hecho.

Así que no iba a darle ningún nombre.

—¿Es usted nueva en Londres?

Dejó de mirarle y clavó la vista en la pared.

—No.

Estaba mintiendo. Aquello se ponía más interesante por momentos. Sin embargo, ella continuaba mirando la pared, ladeando la cabeza como si toda esa superficie blanca fuera fascinante.

—¿Le gusta el verde?

—¿Disculpe? —Volvió a mirarlo.

Le hubiera gustado reírse por haberla sorprendido de ese modo. En su lugar, hizo un gesto hacia su atuendo.

—Su vestido. ¿Le gusta el verde?

—Ah. Supongo. —La vio deslizar una parte de la falda entre los dedos. Por primera vez atisbó cierta vacilación en sus rasgos—. Me recuerda quién soy.

Alguien detrás de los árboles se rio a carcajadas. La mujer de verde se apoyó contra la pared, dejando la falda para poder envolver con los brazos alrededor el bulto gris y sujetarlo con fuerza.

Graham terminó la limonada completamente frustrado. Podían descubrirlos en cualquier momento. Puede que la falda de ella no llamara mucho la atención, mezclándose con los diferentes tonos verdes de los árboles, pero seguro que pronto notarían sus pantalones negros a través del pequeño hueco que había entre la maceta y las ramas inferiores del árbol.

—¿Puedo visitarla? —¿Cuándo había sido la última vez que pidió permiso para visitar a una mujer? Habrían pasado años, si es que alguna vez llegó a hacerlo. Era una pregunta que siempre generaba expectativas absurdas.

Ella no respondió. Simplemente se quedó mirándolo fijamente con la boca ligeramente abierta.

—¡Graham, estás ahí!

Miró por encima del hombro para ver a un hombre vestido con un impoluto traje de noche negro, acercándose por el borde de los árboles. Vaya por Dios, ¿Oliver decidía hacer acto de presencia justo en ese momento? ¿Dónde estaba cuando se estaba muriendo de aburrimiento en medio de una conversación sobre dotes y acuerdos matrimoniales? Sinceramente, si no hubiera sido uno de sus mejores amigos, le habría dado un empujón para que terminara dentro de una de esas macetas.

Oliver lo miró con cara de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí atrás? ¿No eres consciente de que se supone que debes de estar al otro lado de los árboles, donde puedan encontrarte todas las personas que necesitan que aportes trivialidad y esperanza a sus miserables vidas?

Aunque sonrió, no pudo evitar soltar un gemido ante la alusión a una antigua carta de amor que había recibido cuando estudiaba en Cambridge. No debería habérsela enseñado a Oliver.

—Si tanto te interesa, estoy rellenando mi cuota de trivialidad hablando con...

Su voz se fue apagando a medida que se daba la vuelta y no encontraba a nadie a su lado. La mujer se había vuelto a esfumar.



Capítulo 2



Kit, enterrada en los recuerdos de algunos de los asistentes al baile como «la honorable Katherine FitzGilbert», tomó una profunda bocanada de aire con la esperanza de calmar de alguna forma el vacilante palpitar de su corazón. Un sinfín de emociones, a las que ni siquiera podía poner nombre, se estaban apoderando de ella a tal velocidad que cerró los ojos con la esperanza de que las vueltas que le daba la cabeza no le hicieran vomitar.

Aquella había sido una noche de primeras veces. O al menos una noche de cosas que llevaba tanto tiempo sin hacer que parecía experimentarlas por primera vez.

Cosas que creyó que jamás volvería a hacer.

Se apoyó contra la pared en medio de la oscuridad y se concentró en respirar. Inspirar. Espirar. Y empezar de nuevo.

Se suponía que esa noche tendría que haber transcurrido sin ningún sobresalto. Ir a Londres, intimidar a un hombre para que renunciara por escrito a una parte de su fortuna durante los siguientes doce años y regresar a casa. Puede que no fuera la forma más noble de mantener a aquellos que le importaban, pero hacía más de una década que había perdido la fe en la mayoría de las cosas que se consideraban nobles.

Al fin y al cabo, precisamente de la nobleza protegía a los niños inocentes que tenía a su cuidado; una nobleza a la que no le importaba lo más mínimo su propio comportamiento vil, oscuro y secreto, y que dejaría

sin ningún miramiento a uno de los suyos a merced de la calle con tal de obtener otro día de cotilleos.

Lo sabía de primera mano. Había sido una de ellos. La honorable Katherine FitzGilbert. Hasta que perdió el honor ante sus ojos. Condenada, arruinada y, de pronto, sin ningún valor para su noble padre. No, no solo sin ningún valor, aún peor, se convirtió en un lastre.

Así que, después de llevar doce años encargándose de los problemas que la nobleza dejaba tras de sí, debería tomarse casi como un cumplido que no la consideraran noble.

Aun así...

Giró la cabeza y abrió los ojos, clavando la vista a través de la oscuridad, como si su mirada pudiera atravesar la pared y ver a los bailarines al otro lado. Verlo a él.

Un hombre que pertenecía a esa nobleza y que parecía bastante agradable. Aunque todos ellos sabían cómo ofrecer su mejor cara.

Sin embargo, no recordaba haberse topado nunca con alguien con tan buen humor y con esa capacidad para burlarse de sí mismo.

Deslizó la mano por el muro hasta que encontró el borde de la puerta oculta por la que había entrado. La abertura se camuflaba en la pared del salón de baile, con un contorno apenas perceptible pero suficiente para que Kit se diera cuenta de dónde estaba, mientras evitaba la mirada marrón dorada de aquel hombre. Lo que le había permitido hacer la retirada perfecta. Estaba claro que, teniendo en cuenta el oscuro pasillo que había detrás de la barrera de árboles, el anfitrión no tenía la intención de que la gente la usara; razón de más para que ella buscara escapar por esa vía.

Empujó la puerta para abrirla un poco más y presionó la cara contra la pared mientras cerraba el ojo izquierdo. No había nada más que luz y árboles. El hombre se había ido.

Con un poco de suerte, no volvería a verlo. No le apetecía comprobar que un caballero que llevaba limonada con una encantadora sonrisa a las mujeres que se escondían detrás de los adornos de un salón de baile también era del tipo de hombres que se dedicaba a pasar un buen rato con ellas y luego las abandonaba para que sufrieran solas las consecuencias. No quería tener que enfrentarse con él un día de esos en su propia casa y exigirle que se hiciera cargo de una vida que había creado de forma imprudente y desconsiderada.

Volvió a cerrar la puerta con un ligero empujón y se quedó completamente a oscuras. Algo que no le importaba en absoluto. Era más fácil esconderse en la oscuridad.

Por eso había corrido hacia las luces del salón de baile. Los dos matones que la perseguían también se habían encontrado cómodos moviéndose por un callejón a oscuras; seguramente más que ella. Su única defensa había sido meterse en un lugar con la mayor cantidad de gente posible. Gente importante. Personas a las que el jefe de esos rufianes no quisiera molestar.

En realidad había sido una buena idea, hasta que se quedó más tiempo del necesario. Había permitido que la música y la luz de las velas la abrumaran con recuerdos, petrificándola en su escondite, sin poder moverse hacia la salida más cercana. No tendría que haber cedido al deseo de ver si los dulces rellenos de crema y glaseados de chocolate seguían siendo tan deliciosos como recordaba.

En primer lugar, no debería haberse dejado llevar por los recuerdos.

Pero la nostalgia la había tomado por sorpresa, sofocando cualquier necesidad de escapar, y se había quedado allí, incapaz de eludir las imágenes de una época mejor.

Una época en la que no sabía lo crueles que podían ser las personas que sonreían en la pista de baile. Antes de enterarse de los secretos que todo el mundo intentaba esconder y fingía ignorar.

Una época en la que las atenciones de un caballero encantador siempre habían sido bienvenidas.

¿Cómo había dicho que se llamaba? ¿Wharton? No era un título que le sonara, ni tampoco lo había reconocido físicamente. Aunque también era cierto que habían pasado trece años desde sus días de sociedad, cuando su primera y única temporada se vio interrumpida de forma abrupta.

Oh, cómo echaba de menos bailar. Y la comida. Se llevó una mano al estómago, que sentía raro y un poco revuelto. Seguro que se debía a los deliciosos manjares que había probado, aunque la grandiosa explosión de azúcar y chocolate bien había merecido la pena.

Sí, era la comida. Era imposible que se debiera a que le hubiesen gustado las atenciones de aquel caballero, ni a que se hubiera sentido de nuevo guapa e interesante. No podía echar de menos a la muchacha ingenua y despreocupada que una vez había sido.

Con una mano apretó con más fuerza el bulto de tela que llevaba y hundió la otra en la falda de raso verde. El sonido de papeles arrugándose en el bolsillo de su capa hizo que se olvidara de las entretenidas melodías del cuarteto de cuerda. Esa era su vida ahora. Una vida que no incluía pastelitos ni bailes, sino prolongadas jornadas de duro trabajo aderezadas con visitas ocasionales a hombres horribles como la que había tenido que realizar esa noche.

Anduvo con cuidado por el oscuro corredor. La luz de la luna que se colaba por una ventana cercana le proporcionaba la luz suficiente para seguir su camino sin tropezarse. Se detuvo frente al cristal y contempló Londres. Un foso de codicia y mentiras revestido de una máscara de sonrisas falsas y frivolidad. ¿De verdad creían todas las personas que estaban en aquel salón de baile a su espalda que esas lujosas vestimentas y ostentosas vueltas alrededor de la pista les protegerían de las cosas desagradables de la vida?

No, solo las ocultaban. En ese mundo, las pruebas importaban poco, y la verdad aún menos. La élite de Londres únicamente se regía por las apariencias. Y mientras deslumbraran en los lugares correctos, nadie se molestaría en mirar bajo la superficie.

Hasta que las apariencias se resquebrajaban. Entonces hurgaban, y pintaban la realidad como se les antojara antes de dejarla de lado, tal y como habían hecho con el disparate de la semana anterior.

Ese era el peligro de despertar recuerdos. Que los malos yacían justo al lado de los buenos.

Daba igual lo seductor que le hubiera resultado aquel hombre, con ese ingenio y esa sonrisa amable; lo más deseable para todo el mundo era que Kit hiciera lo que mejor se le daba y desapareciera.

Así que siguió andando por el corredor, alejándose de la ventana. Del olor a humo y a perfumes, lejos de los manidos tópicos y las conversaciones repetitivas. Lejos del agradable sabor a limonada.

Puede que una existencia en la sombra fuera solitaria y aterradora en comparación con la vida social que había llevado en el pasado, pero en su nuevo mundo las personas por lo menos eran honestas.

Bueno. La mayor parte del tiempo.

Hizo un gesto de negación con la cabeza. Todas esas reflexiones filosóficas no iban a conseguir que saliera de Londres con el fajo de papeles intacto. Y necesitaba regresar a su casa. Se suponía que al día siguiente iban

a sembrar zanahorias, y si no estaba allí para asegurarse de que los surcos estuvieran rectos, Daphne les dejaría plantarlas en círculos y espirales porque así el huerto tendría un aire más alegre. Y Jess se lo permitiría, solo para molestarla.

Tenía que salir de aquella casa, encontrar la posada más cercana y subirse a la primera diligencia que saliera de la ciudad. Daba igual adónde se dirigiera siempre que saliera de Londres.

¿Estarían los matones esperándola en el jardín, pensando que saldría por donde había entrado? ¿O habrían rodeado la casa, quedándose en la parte delantera? Lo mejor que le podía pasar era que se hubieran dado por vencidos y se hubiesen marchado, pero no creía que fuera a tener tanta suerte.

El corredor daba a un salón tenuemente iluminado. En las dos paredes laterales había tres puertas cerradas y, frente a ella, un gran arco se abría hacia el enorme rellano de la parte superior de las anchas escaleras principales en forma de curva. Unas escaleras que había subido en una ocasión. Hacía una eternidad.

Y ahora iba a bajarlas. Se perdería entre la multitud de invitados que se disponían a abandonar el baile, después se agazaparía entre los carruajes que los esperaban y desaparecería en medio de la noche.

Soltó un profundo suspiro, con la esperanza de infundir el coraje necesario a su desafortunado corazón, y entró en el salón.

Cuando llevaba recorrida media estancia, una de las puertas se abrió y salió un hombre, ajustándose el chaleco sobre una barriga algo prominente.

No. No podía tener tan mala suerte, ¿verdad? Pero cuando él entró en el halo de luz que proyectaba una vela cercana, casi se le detuvo el corazón. Sí, tenía una suerte pésima. A pesar de que por aquel rostro había pasado una década y que ahora lucía un cabello mucho más gris, conocía a aquel hombre. Lo conocía perfectamente.

Y no quería hablar con él por nada del mundo.

Bajó la mirada hasta clavarla en los dedos de los pies y se obligó a seguir caminando. Su padre aún no la había visto, ni siquiera se había percatado de que no estaba solo en el salón. Parecía que sus pies se negaran a moverse, aferrándose a la alfombra a través de las suelas de sus botas. Por lo visto, iba a tener que probar el método de hacerse pasar por una estatua. Contuvo el aliento e intentó hacerse lo más pequeña posible, desplazándose hacia un lado hasta que tocó una mesa con la cadera.

Aunque se le daba muy bien eso de hacerse invisible cuando no quería que la vieran, una habitación apenas amueblada no le dejaba muchos lugares donde esconderse.

El hombre pasó junto a ella, con la cabeza gacha, concentrado en enderezarse el chaleco. Entonces se tropezó con un pie en una silla y alzó la vista al instante.

—Perdón.

Soltó una breve risa al darse cuenta de que se estaba disculpando con una silla, pero inmediatamente después miró hacia un lado y sus ojos se encontraron con los de ella. La sonrisa autocrítica desapareció de su rostro para ser reemplazada por un pronunciado ceño fruncido que no se había atenuado con el paso de los años.

—Katherine.

—Padre. —Kit inclinó la cabeza hacia un lado, en un gesto que estaba entre el reconocimiento y el respeto.

Entonces vino el silencio. Un silencio prolongado y abrumador. ¿Acaso no tenían nada que decirse después de todos esos años? ¿Ni siquiera sin ningún espectador de por medio? Tragó saliva. ¿Habría llorado por el tiempo perdido tanto como ella? ¿Por sus charlas sobre libros a media noche? ¿Por sus largos paseos por los parques?

Puede que no. Transcurrieron al menos cinco años hasta que ella misma reconoció haber echado de menos algunas de esas cosas. Pero estaba convencida de que estaba bien y que lo había superado de verdad, así que fue la primera sorprendida cuando notó esa chispa de esperanza en su interior. Aquello no podía traer nada bueno, y el deseo de lanzarse sobre sus brazos era algo ridículo. Daba igual lo mucho que quisiera simplemente respirar, sentirse sostenida por alguien a quien le importara, volver a ser inocente e ingenua.

Había perdido todos aquellos lujos hacía años, y una prueba de que no volvería a recuperarlos jamás fue la dureza con la que la miró su padre.

Esa triste verdad la liberó de la extraña emoción que la había paralizado y por fin logró dar un paso al frente, intentando salir del salón y de la casa.

—No vas a conseguir más dinero de mí. —La voz masculina quebró el silencio con la fuerza de un martillazo.

La ira se apoderó de ella; una emoción que ni siquiera había sentido cuando él la echó de casa tantos años atrás. En ese momento lo había entendido, lo había excusado, lo había racionalizado todo desde el punto de

vista de su padre. ¿Pero rechazar una petición de dinero que nunca había hecho? Quería contraatacar. Hacerle sentir culpable. Si funcionaba, podrían usar el dinero.

—¿Por qué no? —Puso su gesto más severo. Ese que usaba cuando miraba de frente a jóvenes irresponsables, a muchachas descuidadas y a padres negligentes—. No te he pedido nada en trece años. ¿Por qué no debería pedirte que me apoyaras, que apoyaras a tu propia sangre?

Trece años. Uno más que los que llevaba obligando a otros hombres a ocuparse de los hijos que no querían. Y nunca se le había ocurrido forzar a su padre a hacer lo mismo.

Él soltó un resoplido.

—Llegamos a un acuerdo.

—Y lo he cumplido —espetó ella.

—Pero aquí estás.

Desde luego, no podía discutirle eso último. Había aceptado no regresar a Londres.

—Tenía que resolver unos asuntos de negocios.

Su padre bufó con burla.

—¿Negocios? —dijo con tono despectivo—. ¿Qué negocios puedes tener en un baile de temporada?

—He tenido que abrirme camino en este mundo. ¿Pensabas que mi dote era lo suficientemente grande como para vivir de ella eternamente? No era tan cuantiosa, papá.

Le gruñó. Un auténtico gruñido. Usar la forma con la que se dirigía a él en su infancia debía de haber tocado alguna fibra sensible. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. ¿De verdad había llegado a eso? ¿A un distanciamiento tan desagradable con su padre? De pronto se vio incapaz de seguir. No podía manipular a su progenitor del mismo modo que hacía con los calaveras sin escrúpulos a los que obligaba a mantener a sus hijos.

—Tendrías que haber encontrado a algún plebeyo de campo que se casara contigo. De joven eras bastante guapa. En ese momento tu marido habría pasado por alto el escándalo.

¿Le estaba diciendo que ahora parecía vieja? Sin duda ella se sentía así. Puede que todavía tuviera la fuerza necesaria para manipularlo. O al menos, para conseguir que esa noche durmiera un poco peor.



Graham tardó sus buenos cinco minutos en deshacerse de Oliver y su implacable burla sobre su nueva amiga imaginaria. Pero al final pudo presentar sus excusas y alejarse de él mientras su amigo intentaba controlar la risa para evitar la reprimenda de las damas mayores de la sala.

A Graham no podía importarle menos lo que pensarán las señoras o lo que estuvieran murmurando detrás de sus abanicos. Lo único que quería era encontrar a la mujer de verde.

Cuando abandonó el salón de baile se frotó las manos; al hacerlo, la tela de los guantes blancos que llevaba se engancho y reprimió el impulso de quitárselos y metérselos en el bolsillo. Una última mirada por encima del hombro le confirmó que no había ningún rastro de verde brillante en la estancia. ¿Dónde podía haberse metido?

La casa era grande; se había construido mucho antes de que Mayfair se llenara de las típicas viviendas adosadas de la zona. Lo que significaba que tenía un salón de baile lo suficientemente amplio para albergar a todos los invitados y un montón de estancias vacías más, donde cualquiera pudiera esconderse si así lo deseaba.

Y como no estaba dispuesto a ponerse a deambular sin rumbo por la casa de su anfitrión, supo que no le quedaba otra opción que ir hacia la puerta y convencerse de que no se había imaginado a aquella mujer.

Si fuera producto de su mente, ¿no le habría dicho, al menos, cómo se llamaba? ¿En qué lugar quedaba si se había inventado a una mujer que no tenía ningún reparo en rechazarlo de una forma tan tajante?

—Vete de aquí.

La voz furibunda hizo que se detuviera y mirara a su alrededor para orientarse. Estaba cerca de los escusados, justo al lado de un salón que habían iluminado y acondicionado para los invitados que necesitaran tomarse un descanso.

Aunque, por lo visto, también para aquellos que querían mantener un enfrentamiento semipúblico.

—Vete de aquí —repitió el hombre—. Y no vuelvas. No te acerques a Londres. Llegamos a un acuerdo y lo menos que espero es que tengas el honor suficiente de mantenerlo.

Graham frunció el ceño y se inclinó para asomarse por la entrada con forma de arco. Reconoció al hombre que había parado al lado de unas sillas. La tensión que transmitía lord FitzGilbert era tan palpable que hasta él necesitaba aflojarse el pañuelo de cuello. El cuerpo del barón le impedía

ver a la persona que lo enfurecía de ese modo, lo que tampoco era muy difícil de lograr. El aristócrata era conocido por su mal genio. ¿Pero era tan temible como para que un hombre aceptase abandonar Londres?

—¿Y si no lo hago?

Pues no, no se trataba de ningún hombre. Graham casi se desplomó de cabeza a través del arco cuando oyó la voz femenina. Le resultaba familiar. Conocía a la mujer.

Puso toda su atención en el suelo, donde podía verse el borde de una falda de un vívido verde.

Lord FitzGilbert soltó un gruñido.

—Si Hamilton te ha enviado para mancillar mis planes, te juro que...

—¿Qué? —Ella se desplazó alrededor al hombre y desdobló la capa—. ¿Qué podrías hacer ahora para hacerme daño?

El barón balbuceó algo relativo a Australia, pero la misteriosa mujer simplemente se alejó de él sin mirar hacia atrás, cubriéndose los hombros con la capa.

—No mereces ni un segundo de mi tiempo —dijo, mientras salía.

Nada más atravesar el arco, elevó las cejas cuando su mirada se encontró con la de Graham, pero no se detuvo; ni siquiera ralentizó el paso. Instantes después, desaparecía por las escaleras.

Graham fue detrás de ella, intentando atisbar la oscura capa entre los corrillos de personas que había en el vestíbulo de abajo. Los sirvientes corrían de un lado a otro, recogiendo capas y abrigos para que la gente no se enfriara durante el corto trayecto hasta los carruajes. Al cabo de un rato, por fin la encontró entre un montón de invitados que aguardaban cerca de la puerta. La vio ponerse la capucha y seguirlos, adentrándose en la oscuridad.

Le llevó más tiempo de lo deseado abrirse paso por los distintos grupos y convencer a los sirvientes de que estaba completamente decidido a marcharse sin esperar a que le trajeran el abrigo. Sí, ya se sentiría avergonzado cuando tuviera que regresar más tarde a recogerlo, pero tuvo la sensación de que si perdía la única pista que tenía sobre aquella enigmática dama de verde terminaría arrepintiéndose el resto de su vida.

Estuvo a punto de perderla de todos modos. Las sombras que se extendían a lo largo de la calle proporcionaban numerosos recovecos para que una mujer envuelta en una capa de terciopelo gris oscuro pudiera esconderse.

Pero Dios debía de estar bendiciéndolo esa noche, porque vio un destello de verde bajo la luz de una de las lámparas de un carruaje cuando la dama que estaba buscando cruzó la calle.

Graham tomó a toda prisa la misma dirección. Se percató de que a aquella mujer se le daba demasiado bien eso de escabullirse, lo que le produjo una punzada de preocupación en medio de aquella obsesiva fascinación que lo embargaba. Algo nuevo no tenía por qué implicar necesariamente algo mejor.

La siguió por la calle hasta llegar a una plaza. Ni siquiera sabía cuál, ya que no había prestado mucha atención al lugar donde se había celebrado el baile y solo se había limitado a dar la dirección a su cochero.

¿Qué diantres estaba haciendo? No sabía nada de aquella mujer; bueno, casi nada. No tenía ni idea de adónde iba ni en qué lugar estaban. Y los pocos detalles que conocía de ella no indicaban que fuera alguien con quien realmente pudiera iniciar una relación y construir una vida. Entonces, ¿por qué iba tras ella?

¿De verdad estaba tan aburrido como para enredarse con una mujer que podía estar involucrada en todo tipo de asuntos desagradables?

—Ahora nos darás todo lo que tengas de valor. No creas que volverás a escaparte.

Graham suspiró y miró al cielo. Puede que Dios no estuviera bendiciéndolo del todo, pero la culpa solo la tenía él. Si se hubiera quedado donde se suponía que tenía que estar, todavía seguiría atrapado en una conversación ociosa en vez de oyendo a desconocidos enfadados vertiendo amenazas desde las sombras. ¿Por qué esa noche todos los hombres se mostraban tan agresivos?

Le habían robado rufianes de esa calaña antes —¿quién en Londres no había pasado por tal experiencia?—, así que sintió una mezcla de simpatía por la desafortunada víctima y gratitud por no haber sido él.

—Si nos haces atraparte por tercera vez no te lo pediremos de forma tan amable.

Frunció el ceño. Aquello sonaba un poco más insistente que los requerimientos habituales de los asaltantes que pululaban por aquel parque.

—Como pueden observar, caballeros, no llevo ninguna joya encima que pueda darles. Ni siquiera un bolso de mano.

Conocía aquella voz. Nunca había agasajado sus oídos antes de esa noche, pero la había oído bastante durante la última hora. Y era un elemento

recurrente en todas las situaciones con hombres furiosos con las que se había topado. Le iría mejor si la dejaba salir de su vida tal y como ella quería.

Pero no antes de asegurarse de que escapase de allí sana y salva. Fue en silencio en la dirección de donde provenían las voces y se agazapó en un pequeño arbolado que había en la esquina del parque.

—Me temo que no tengo nada para ustedes. —La voz de la mujer se había vuelto seria, amenazante. No quedaba nada del tono divertido que había oído detrás de los árboles del baile ni del altivo desdén del salón. Ahora solo escuchaba una voz fría y lo suficientemente dura como para que un escalofrío recorriera su espina dorsal. Y eso que ni siquiera se estaba dirigiendo a él.

—Oh, yo creo que sí. —Uno de los rufianes se rio de esa forma espe-luznante que Graham nunca había llegado a entender. Siempre se había imaginado a los villanos de las novelas góticas riéndose así.

—No, yo creo que no.

Ahora estaba lo bastante cerca como para distinguir la silueta de tres personas. Y una de ellas, la que llevaba falda y una capa que le llegaba a las rodillas, acababa de sacar un cuchillo.